

El caso

Borja Mauleón Corominas

El caso

Relato corto por:
Borja Mauleón Corominas

Capítulo 1

El teléfono no paraba de sonar. Era una noche oscura y tormentosa, el cielo estaba cubierto por densas nubes negras que amenazaban descargar una fuerte lluvia sobre el suelo, formando charcos y arroyos en las calles. El detective Gutiérrez estaba sentado en su despacho bebiéndose una botella de whiskey. Sabía que ese caso no tenía solución, o, por lo menos, sabía que él no era la persona que podría solucionarlo. Tenía la mesa llena de documentos pertenecientes a la investigación: los planos de la casa, los archivos de los testigos con sus declaraciones, las bolsas con las pruebas y la foto de esa niña rubia con cara inocente y con esa marca tan peculiar en la mejilla. Llevaba dos semanas sin poder dormir debido a esas malditas pesadillas.

Bebió otro trago largo y se limpió la barbilla con la manga de la camisa. Suspiró. No podía dejar de pensar en esa familia. Todos los cuerpos descuartizados, esos extraños símbolos pintados con sangre en las paredes, los arañazos de tamaño descomunal que recorrían todas las paredes de la casa, el olor a hierro y azufre... Y sobre todo lo que no podía olvidar era la niña que encontró escondida hecha un ovillo en un armario. Recordó las palabras que le dijo cuándo la vio: "No deberías estar aquí. Yo no debería estar aquí. ¿Por qué a mí no me han matado? ¡No quiero volver allí! Por favor, ¡ayúdame!". Se le volvió a romper el alma al recordar ese tortuoso recuerdo. Bebió otro trago y siguió recordando. Se llevó a la niña lejos de aquella casa directo a un hospital. La niña no sobrevivió al viaje. Volvió a beber otro trago. "¿Por qué no puedo dejar de pensar en esto? ¿Por qué no me quito estos malditos recuerdos de la cabeza y me sigo torturando?", pensó. Se atragantó y tosió escupiendo la mitad de la bebida que tenía en la boca. No paraban de venirle "flashes" a la cabeza. La niña en el asiento del copiloto. Sus chillidos agónicos mientras se ponía las manos en la cabeza. Cómo empezó a convulsionar y a tener espasmos por todo el cuerpo. Y como le miró con esa inocente cara antes de perder el brillo en los ojos y fallecer, no sin antes repetirle lo mismo que le dijo cuando la encontró: "¿Por qué a mí no me han matado? ¡No quiero volver allí! Por favor, ¡ayúdame!".

El teléfono seguía sonando. Gutiérrez no quería descolgar. Tenía miedo. Durante esas dos semanas recibía llamadas por la noche y cuándo descolgaba solo escuchaba una respiración entrecortada y a lo lejos escuchaba la voz de la niña suplicando socorro.

Cerró los ojos y suspiró. Cuando los abrió vio a la niña en el rellano de la puerta sosteniendo algo entre sus manos. No podía ver que era ese objeto debido a la poca luz que había en la habitación. Se estremeció y se le aceleró el pulso. Intentó levantarse pero se había quedado paralizado. Intentó hablar pero ningún músculo le reaccionaba. No podía siquiera pensar. De repente la niña abrió la boca muchísimo más de lo que

cualquier persona normal podría hacerlo y realizó un chillido agudo desgarrador que rompió las pocas bombillas que iluminaban la habitación dejándola completamente a oscuras. Ya no sonaba el teléfono. No se escuchaba ni se veía nada. Se hizo una calma y un silencio terrorífico.

De repente sonó el teléfono de nuevo y Gutiérrez se despertó. Aturdido vio que estaba en el suelo tirado. Se le aceleró el pulso. Asustado miró hacia la puerta. Estaba cerrada. Las luces estaban encendidas y fuera seguía siendo de noche y lloviendo. Se puso a llorar. "¿Cuándo va a terminar esto?" se preguntó a sí mismo. Se levantó y miró el reloj de su muñeca. Marcaba las tres y cuarto. La manecilla de los segundos no se movía. Le dio unos golpes con el dedo índice y lo acercó a su oreja. El reloj seguía sonando "tic-tac, tic-tac" pero la manecilla no se movía. Volvió a asustarse. Sabía lo que eso significaba. Seguía estando en una pesadilla. Miró por la ventana. Las gotas seguían golpeando el cristal bajo el cielo nocturno. Los edificios de enfrente tenían las luces apagadas menos un par de despachos. Miró hacia la mesa. La botella seguía ahí, prácticamente vacía. El teléfono no dejaba de sonar. Hizo de tripas corazón, cogió la botella, se la terminó de un trago, descolgó el teléfono y se lo acercó al oído. Silencio. No se escuchaba nada. Ni una respiración ni la niña suplicando ayuda. Se quedó aguzando el oído para ver si lograba oír algo al otro lado. Solo silencio. ¡PAM! Algo golpeó la puerta con una fuerza inmensa que parecía que iba a destrozar el edificio. Dejó caer el teléfono mientras gritó "¿¡Quién anda ahí!?". Abrió el cajón de su mesa y cogió el revólver que tenía ahí guardado, pero cuando lo hizo este se descompuso en sus manos como si fuera algún material viscoso. Asustado se cayó al suelo. ¡PAM! Otro golpe en la puerta. Miró el teléfono, seguía descolgado. Repasó la habitación con la mirada esperando encontrar alguna cosa que pudiera usar como arma para defenderse de lo que estuviese llamando a la puerta. Sus ojos se clavaron en la botella ya vacía. De rodillas la cogió por el cuello y la golpeó contra el suelo rompiéndola en el acto. Intentó levantarse pero las piernas le temblaban. Levantó el brazo hacia adelante sujetando la botella rota. No podía parar de temblar. ¡PAM! "¡Dejadme en paz!" gritó con la voz rota y temblorosa. Asustado y con la mirada fija en la puerta esperó. Se hizo el silencio.

El teléfono volvió a sonar y dio un brinco del susto. Estaba sentado en su silla. La botella seguía intacta encima de la mesa con un culo de whiskey y el teléfono seguía colgado en su sitio. Se puso las manos en la cabeza. Miró el reloj. Las once menos cinco. Las manecillas funcionaban correctamente. Ladeó la cabeza hacia el teléfono que no cesaba de sonar. Se levantó y lo desconectó. Ese "ring-ring" infernal cesó. Suspiró aliviado. Abrió la puerta de un armario y sacó otra botella. Se sentó en la mesa, bebió otro trago y se quedó dormido sin querer.

Y soñó. Soñó con esa casa. Soñó con esa familia. Soñó con esa niña. Y soñó con esa cosa. En el sueño él no era más que un espectador, no podía moverse ya que no tenía cuerpo, solo podía ver y observar sin

actuar. Vio a los padres dibujando símbolos en las paredes mientras lloraban en silencio. Cuantos más símbolos dibujaban más oscura se volvía la habitación. El llanto de la niña y sus súplicas era lo único que podía escucharse. Él no podía verla, pero sabía que estaba escondida en un armario. Finalmente la habitación perdió la poca luz que le quedaba. En la oscuridad apareció algo. Solo podía verle la silueta pero sabía que eso no era humano. Los padres gritaron y Gutiérrez se despertó.